



CAPÍTULO IX

(1817)

Brillante estado de los negocios á principios de este año.—Alarma por la expedición del aventurero Mina.—Acciones gloriosas á las armas del Rey.—Desembarco de Mina en Soto la Marina, y del general Liñán en Veracruz.—Construcción de un fuerte.—Destrucción de su escuadrilla.—Primeros combates con D. Felipe La Garza.—Su irrupción por la Sierra Madre.—Acción de la hacienda de Peotillos. Prestigio de este proscrito.—Toma de San Luis de la Paz.—Otras ventajas conseguidas por aquel genio emprendedor.—Expedición del general Liñán contra el mismo.—Acción de León.—Sitio y toma del fuerte de Camanja.—Sitio del fuerte de San Gregorio.—Acciones de San Miguel el Grande, de la Zanja, de Guanajuato y de la Caja.—Persecución de Mina por el coronel Orrantia y su aprehensión en el rancho del Venadito.—Situación del citado fuerte de San Gregorio, y esfuerzos del general Liñán para rendirlo.—Su evacuación, y derrota de los sitiados.—Observaciones sobre esta arrojada empresa.—Rendición del fuerte de Soto la Marina.—Acción del sitio de los dos Corrales.—Varios combates entre las tropas realistas y las guerrillas insurgentes.—Carácter de Bravo.—Situación de México á fines de 1817.

Las tropas realistas desplegaron en este año un nuevo grado de vigor y firmeza; la pacificación general era todo el objeto de sus ansias. La rendición del cerro de Cópore por el teniente coronel D. Matias Martín y Aguirre con toda su guarnición, compuesta de 300 infantes, 45 artilleros, 1.000 paisanos, 300 fusiles y porción considerable de pertrechos; la toma de Tehuacan y de cerro Co-

lorado por el coronel D. Rafael Bracho, destruyendo las gavillas de los obstinados Teranes; la acción del trapiche de Ayotla, sostenida por el teniente coronel D. Manuel Obeso contra 500 infantes y 300 caballos; la ocupación del fuerte de Santa Gertrudis por las tropas del teniente coronel D. Saturnino Samaniego; la toma del convento fortificado de Tepexi con 10 cañones y muchas provisiones de guerra y boca por la bien combinada expedición del coronel D. Francisco Hevia; las brillantes victorias del brigadier Llano contra el fuerte de San Esteban, atrincheramientos de Ostocingo, Totopec, Alumbre y Tecolutla, de cuyos puntos se apoderaron sus valientes columnas, así como de las muchas piezas de artillería que los guarnecían y de más de 300 prisioneros, entre ellos los cabecillas Sesma y Alvarez de Almansa; las ventajas conseguidas por la bizarra división del brigadier Negrete, y señaladamente por tres destacamentos al mando de los capitanes D. Juan Antonio Brizuela, D. Andrés Galilea y D. Marcos García de León, batiendo el primero á las gavillas del rebelde P. Torres, el segundo á los cabecillas Villarreal, Rodartes, Ibarra y Tomás Rodríguez, y el tercero á Hermosillo, Rodríguez, Pío González, Ibarra y Molina; todos estos ilustres combates y otros muchos, igualmente gloriosos aunque parciales, que se dieron á este mismo tiempo en varias direcciones, introdujeron el mayor desaliento en las miserables reliquias de los tercios disidentes.

Conoció el celoso Apodaca ser este el momento más oportuno para acabar de destruir el genio de la revolución con la energía de sus proclamas y con la firmeza de sus providencias gubernativas. La que publicó con fecha 30 de Enero contenía los más sanos principios de razón y justicia; y estaba concebida en términos tan elocuentes y expresivos que llevaban la convicción al ánimo de los más incrédulos, al paso que les aseguraba un porvenir dichoso, libre de quebrantos y temores si de buena fe abjuraban sus erróneas doctrinas.

Empezaron á desengañarse por su parte los insurgentes de la inutilidad de sus esfuerzos al ver que en los últimos tres meses no habían tenido más que desgracias é irreparables pérdidas; que en el citado periodo de tiempo se habían apoderado los realistas de doce puntos fortificados, cuales fueron Janicho, Monteblanco, Ossitlán, islas de Mexcala, Cuiristarán, Boquilla de Piedras, Cerro de la Faja, Cóporo, Tepexi de la Seda, Teutitlán del Camino, Cerro Colorado, Tehuacan y otros de menor consideración, y que habían salido constantemente victoriosas dichas tropas de más de 180 ataques dados por toda la extensión de aquel virreinato.

Desconfiando, pues, de poder resistir á enemigos tan formidables, trataron de abandonar su infame profesión y de acogerse al generoso indulto que les ofreció por última vez el bondadoso virrey. Las armas de la religión no fueron menos eficaces para rectificar el espíritu público: el Ilmo. Arzobispo de México D. Pedro Fonte, sujeto adornado de las más acendradas virtudes, dió repetidas y amorosas pastorales para atraer á su grey las muchas ovejas extraviadas por la seducción y por la perfidia. Su apostólico celo se vió muy pronto premiado por los rápidos progresos que hizo la opinión en favor de la justa causa, por la que tanto se desvian desde la primera autoridad hasta el último soldado.

Fueron asimismo de la mayor importancia los eficaces auxilios para conseguir tan laudable objeto, prestados por el entonces regente de la Real Audiencia, D. Miguel Bataller, antes auditor general de guerra del virreinato. Se debió, pues, á las acertadas medidas de la autoridad superior y á los bien combinados esfuerzos de todos los amantes de la Metrópoli el que llegase muy pronto á desarmarse casi enteramente el brazo de los rebeldes, concurriendo por todas partes con la más fina voluntad y franqueza á disfrutar del generoso é ilimitado indulto ofrecido por la clemencia del virrey, y garantido por su misma probidad y justificación.

El horizonte se iba despejando de las densas nubes que lo habían ofuscado; el aspecto de los negocios era sumamente lisonjero; rebosaban de placer los corazones de los leales al ver el próximo premio de sus inmensos padecimientos y sacrificios. Todos se entregaban á las más dulces esperanzas, de que el agonizante genio del mal no podría levantarse del abismo en que le habían sepultado las irresistibles armas del valor y de la política realista.

Empezábase ya á entonar el himno de la victoria y el de la reconciliación general, cuando un peligro, tanto más terrible cuanto menos esperado, vino á producir nuevas angustias, y á probar con testimonios todavía más positivos los varoniles esfuerzos de los vencedores de tantos combates.

Hablamos de un genio maligno y arrojado emprendedor, del rebelde Javier Mina, quien iba surcando los mares en busca de una fortuna, capaz de lisonjear sus gigantescas aspiraciones; de ese hombre atrevido, quien apoyado en una efímera celebridad, que desapareció apenas la había adquirido en el principio de la guerra de España contra Napoleón, cayendo prisionero á los pocos días de su noble pronunciamiento, había sabido excitar la codicia de algunos negociantes ingleses, y halagar la ambición militar de otros aventureros europeos y anglo-americanos; con cuyos medios había concebido el atroz proyecto de arrebatar de las manos de su Soberano y Señor los dominios que la Providencia le había confiado, y que la pacífica posesión de trescientos años había sancionado de un modo imprescriptible.

Empero antes de recorrer la historia de estos ruidosos acontecimientos, pasaremos en revista los que ocurrieron en dicho virreinato de México antes de la llegada de aquel revolucionario.

Los hechos de armas que dieron más lustre á las tropas del Rey en el mes de Febrero fueron la ocupación de Piaxtla por la división del brigadier Llano; la espontánea rendición del caudillo Osorno, que había sido el te-

rror del valle de Apam; las correrías de los capitanes don José María y D. Alejandro Luvían sobre Palo-Blanco, madriguera principal de los rebeldes del rumbo de Tulancingo; los ataques que dió en la provincia de Querétaro el teniente coronel D. Ildelfonso de la Torre y Cuadra á las gavillas de Jalpa, mandadas por Méndez y Vargas; la vigorosa defensa que hizo el teniente D. Juan Alegre con una corta partida de 50 hombres en el pueblo de Hui-chilac, distrito de Cuernavaca, contra 500 facciosos capitaneados por los cabecillas Vargas y González; la acción brillante que dió el capitán D. Antonio Aldao en Santa Cruz de Itundugia, provincia de Puebla, al desalmado cabecilla Marcelino Sánchez; la feliz expedición del coronel D. José Ruiz sobre San Juan de Coscametepec, de la citada provincia de Puebla, contra las gavillas de José María Páez, Couto, Félix Luna, Rafael Pozo, Pedro Zamora, Matias Heredia, Simón Bravo y algunos de los fugados de Tehuacan; la derrota sucesiva de los cabecillas de Vargas, González, Reyes, Gómez, Rojas y otros, por las tropas de la sección de Toluca, al mando del teniente coronel D. Nicolás Gutiérrez; la toma de San Antonio Huatusco por la división del coronel D. Francisco Hevia; la reconquista de Nautla, Barra de Palmas, Barra-Nueva, Fuerte de la Casa y Fuerte del Estero, por las tropas del coronel D. Benito Armiñán; la ocupación del cerro de Chiquihuite y puente de Atoyac por los valientes soldados del citado coronel Hevia, y la bizarra defensa que hizo el teniente coronel D. Manuel Bezanilla con 210 hombres en el pueblo de Yurirapúndaro contra 1.000 caballos, dirigidos por los cabecillas Cabeza de Vaca, Cruz-Arroyo, Borja, Negrete, Huerta, Olivares y Lucas Flores.

Se habían propuesto las tropas realistas no descansar un momento hasta que hubiesen exterminado á los rebeldes y destruido todas sus madrigueras; el fuerte de San Miguel, conocido por la Mesa de los Caballos, era una posición muy importante, cuya toma ofrecía una brillante

ocasión de distinguirse. Cupo esta gloria el bizarro coronel D. Cristóbal Ordóñez, quien procediendo á su ataque en el día 10 de Marzo, vió coronados sus esfuerzos, no sin alguna pérdida, aunque muy inferior á la de los enemigos, que no bajó de 100 muertos; siete cañones, otras muchas armas y pertrechos de guerra concurrieron á ilustrar su triunfo.

Hacia el mismo tiempo señalaba su bravura el brigadier D. Ciriaco de Llano en unión con el de igual clase D. Melchor Alvarez, apoderándose de otro fuerte llamado Silacayoapan, de 200 hombres que lo guarnecían, de cuatro piezas de artillería y de porción considerable de armas y efectos de campaña. Otro de los jefes de su división, el teniente coronel D. Saturnino Samaniego, había agregado nuevos títulos á su fama en una acción que sostuvo pocos días antes contra los rebeldes defensores de los fortines de Jonacatlan, que habían salido de ellos á ofrecer á los realistas los medios de sellar su fidelidad y valentía.

El capitán D. José Cristóbal Villaseñor, de la división del brigadier D. Ignacio García Rebollo, obtuvo las mayores ventajas por la parte de Sierra Gorda, batiendo en varios encuentros á los insurgentes, pacificando los pueblos de Cieneguilla, Tierrablanca y Santa Catalina, y fortificando el punto de Jichú y la hacienda de Charcas.

La bizarra división del coronel Armijo tomó posesión en el mismo mes de Marzo de los fuertes de Jaliaca, con pérdida muy considerable de parte de los rebeldes. Igual felicidad tuvo el coronel D. Benito Armiñán en varios choques que sostuvo contra los rebeldes antes y después de haberse apoderado del fuerte de Misantla; y no fueron menos felices las armas de los tenientes coroneles don Saturnino Samaniego y D. Félix de La Madrid en el asalto del ya citado fuerte de Jonacatlan.

El teniente coronel D. Ildelfonso de Latorre y Cuadra, perteneciente á la división del brigadier Rebollo, sostuvo el honor español en un choque sangriento que tuvo en

Montenegro, provincia de Querétaro, contra los cabecillas Francisco Pacheco, Francisco Vargas, Guadalupe González y Máximo Bustamante, habiendo logrado su completa destrucción y la muerte del primero por sus mismas manos.

Con tantos reveses recibidos por los rebeldes por todas partes iba cediendo el ardor de aquella guerra, y en igual proporción se aumentaba el número de los que se acogían al indulto, desengañados de la inutilidad de sus esfuerzos.

Aunque los hechos de armas correspondientes al mes de Abril fueron poco importantes, varios jefes realistas, sin embargo, tuvieron ocasión de distinguirse afianzando su sólida opinión en el acierto de sus disposiciones y en la felicidad de sus resultados: ocupan entre ellos un lugar de preferencia el teniente D. Manuel Tapia, los capitanes D. Antonio Amor y D. Mariano Vargas, el coronel Armijo y el capitán D. José Aguilera.

El primero llegó á las manos con los rebeldes por el rumbo de Ararón, provincia de Valladolid, matándoles 20 hombres y al cabecilla Evaristo. El segundo y tercero, dependientes de la división del brigadier Llano, contrajeron un mérito particular por la oportunidad de sus movimientos contra los facciosos mandados por Nicolás Espinosa y por la aprehensión del caudillo Calzada, tan favorable para la pacificación por el rumbo del Sur.

El coronel Armijo, no bien había terminado de rendir los fuertes de Jaliaca y Jonacatlan, hubo de dirigir sus armas contra el cerro del Fraile, ocupado por las gavillas de Anzures, confiando esta expedición al capitán D. Carlos Moya, quien logró apoderarse de tres fortines que en él habían construído.

El capitán Aguilera, dependiente de la misma división, hizo una feliz expedición, con 170 hombres, contra los cabecillas Montes de Oca y Mongoy, parapetados en Petatlan, distante 20 leguas de Tecpan: 250 hombres, de que se componían aquellas gavillas, trataron de hacer una

vigorosa resistencia; pero sus temerarios proyectos se desvanecieron á la vista de la impavidez con que fueron atacados por tres columnas distintas, en que había sido dividida aquella fuerza.

Veinte muertos, entre ellos el capitán Gallo y un teniente, 11 prisioneros, varias armas de chispa y corte, cajas de guerra, caballos, mulas y provisiones de guerra y boca fueron el fruto de aquella jornada. Huyeron los demás facciosos en el mayor desorden, favorecidos por el terreno y por sus buenos caballos. Otro de los trofeos de esta acción fué la prisión del capitán Guadalupe, que, por su osadía y espíritu devastador, había sido el terror de aquel distrito.

Vagaban todavía diversas guerrillas de suficiente fuerza para ejercitar la constancia y sufrimiento de los realistas: las de Vargas, padre Izquierdo, Ocampo y Ayala, reunidas en número de 500 á 600 hombres, atacaron en 10 de Mayo al pueblo de Coatepec de las Harinas, por el rumbo del Sur; y aunque lograron alguna ventaja en el primer momento de sorpresa, sin embargo el capitán don Hilario García de Tejada, que guarnecía dicho punto, supo rechazar aquel brusco ataque, entusiasmando á sus tropas con el noble ejemplo de su bizarría.

El valiente coronel D. Matías Martín y Aguirre, dependiente de la división del general Cruz, llevó á cabo una feliz expedición contra el cabecilla Víctor Rosales, titulado comandante general de las provincias de Mechoacan y Zacatecas, logrando por triunfo de sus afanes que el teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán alcanzase á aquella gavilla en el rancho de la Campana, y de que se apoderase de la persona de tan formidable caudillo, causándole la pérdida de 200 hombres, entre muertos y heridos.

Pocos días antes se había distinguido del modo más recomendable el coronel Castañón, en las cercanías de Irapuato, provincia de Guanajuato, atacando al rebelde padre Torres, que había llegado á reunir un enjambre de

partidas, mandadas por diferentes cabecillas. Ochenta facciosos muertos, un número mayor de heridos, porción considerable de armas y municiones, fueron los trofeos de aquella empeñada refriega.

El comandante D. Anastasio Brizuela, de la división del brigadier Negrete, se hacia al mismo tiempo acreedor á los mayores elogios persiguiendo las gavillas de los Cabrerías, de Rodríguez y de Florencio Dueñas, poniéndoles 56 hombres fuera de combate, y regresando al pueblo de la Piedad, que lo era el de su residencia, con varias armas de fuego y blancas que había tomado á los enemigos.

El capitán D. Ramón de Udias, de la división del coronel Armíñán, deshizo asimismo las gavillas insurgentes que infestaban el territorio de la Huasteca, apresando á los cabecillas Rocha y Vargas, causándoles una pérdida considerable en hombres, armas, municiones y caballos: el mérito de esta feliz combinación adquirió nuevo lustre á causa de las pesadas marchas que hubieron de emprender las tropas de Armíñán para efectuarla por caminos tan pantanosos é impracticables, que se veían precisados á subirse á los árboles si querían tomar algún descanso libres de humedades.

Las referidas acciones, aunque gloriosas á las armas del Rey, fueron de poca importancia comparadas con las que fué preciso empeñar contra el inquieto y ambicioso Javier Mina, que por algún tiempo tuvo en la mayor alarma á todo aquel virreinato. Esperando este genio errante adquirir en el Nuevo Mundo al favor de su quimérica fama, el encumbrado puesto que le fuera negado en Europa, había dirigido sus miras sobre este reino. Organizando en Nueva Orleans una división de aventureros, entre ellos muchos oficiales franceses procedentes de los reformados Cuerpos del emperador Napoleón, se había hecho á vela para el citado destino.

Envió anticipadamente á Boquilla de Piedras una goleta exploradora para ponerse de acuerdo con el cabecilla Victoria, á quien suponía todavía dueño de aquel puerto.

Frustrado este primer golpe de su intriga, expidió otro buque á Nautla, cuyo punto halló asimismo en poder de los realistas. A pesar de estos inesperados contrastes trató de saltar á tierra en el río Bravo ó del Norte; pero no habiéndole sido posible realizar su proyecto, se hizo á la vela para Soto la Marina, en donde desembarcó en 24 de Abril unos 600 hombres de todas clases y naciones, la mayor parte oficiales, de que se componía su expedición.

Alarmado el virrey por este acontecimiento, que temía volviese á encender de nuevo la llama de la revolución, que con la energía de sus providencias y con la bizarría de sus tropas había sabido extinguir casi enteramente en aquel inmenso territorio, dió las órdenes más terminantes al brigadier de la real armada, D. Francisco Berenguer, que acababa de llegar á Veracruz con el nuevo subinspector, el mariscal de campo D. Pascual Liñán, y con el regimiento de Zaragoza, de 1.600 plazas, para que destruyese la escuadrilla que había conducido á aquel infiel español á las costas de Méjico, y que había quedado al ancla en la barra del Nuevo Santander, como punto de reserva para salvarse en caso de no tener feliz ejecución sus malvados designios.

Tenía dicha escuadra en su principio dos fragatas, una corbeta, dos bergantines, dos goletas y una balandra; mas el pirata Auri y otros revolucionarios habían desaparecido con una parte de dichos buques, y tan sólo quedaban fondeadas una fragata, un bergantín y una goleta, al frente de un fuerte que habían ya construído los rebeldes en la misma costa, en el que habían dejado 300 hombres como punto de apoyo de sus operaciones, y entre ellos al apóstata P. Mier, fraile mejicano, uno de los genios más discolos de América, y de una ambición tan desmedida, que había intentado arrogarse las funciones pontificias.

Apenas divisaron los insurgentes la escuadra española, compuesta de la fragata *Sabina* y de las goletas *Belona*

y *Proserpina*, se alejó uno de sus buques, contra el cual se dirigieron los dos últimamente mencionados, en tanto que el comandante atacaba con su fragata á los dos restantes; á los pocos tiros picó su cable el bergantín y fué á varar á la barra; la *Cleopatra* quiso hacer lo mismo, mas no pudo verificarlo tan pronto que no tuviese encima las barcas de los realistas con gente destinada al abordaje.

Aterrados sus cobardes defensores abandonaron dicha fragata precipitadamente y se refugiaron á la barra en sus barcos menores. Un recio temporal impidió sacar de aquella embarcación los vestuarios, armas, municiones, pertrechos, carnes y harinas que se hallaban á bordo del almacén general de los facciosos, que lo era el referido buque. Todo fué pasto de las llamas aplicadas por los realistas al ver la inutilidad de sus maniobras para apoderarse de aquellos despojos; y si bien quedaron aún los rebeldes dueños del fuerte indicado, su situación se hizo, sin embargo, muy crítica, y dió motivo para esperar que muy pronto habían de ser todos sus defensores víctimas de la decisión española.

El primero que tuvo la gloria de venir á las manos con estos bandidos fué el teniente coronel D. Felipe de la Garza, quien con 70 hombres que pudo reunir, entre milicianos y patriotas, detuvo á 200 de ellos que se dirigían hacia la villa de Aguayo, matándoles 10, entre ellos al segundo comandante, y tomándoles dos prisioneros y varias prendas de armamento y vestuario.

Sin embargo de este primer golpe, eran las tropas de Garza en muy corto número para que pudiesen rechazar los nuevos esfuerzos de los expedicionarios. Se habían apoderado éstos de unos 1.000 caballos que el coronel retirado D. José Quintero tenía preparados en su hacienda del Cojo para hacer un donativo de ellos al virrey. Con esta feliz circunstancia se habilitaron aquellos hombres desalmados para atravesar rápidamente la encumbrada y difícil Sierra Madre, recorriendo sin oposición más de 100 leguas de terreno.

El coronel D. Benito Armiñán, que tantos servicios había prestado á la causa del Rey en la provincia de Tejas, en la que estuvo veintidós meses, á fin de asegurar la pública tranquilidad, que había desaparecido de aquel país por la expedición de los anglo-americanos, ejecutada en 1813, había sido nombrado sucesivamente comandante general de la Huasteca.

Estando ejerciendo este delicado mando, y ya sosegada su provincia con la destrucción de numerosas partidas que hallaban un asilo en lo escabroso de aquel terreno, en la insalubridad de su clima, en lo impenetrable de sus caminos y en la insoportable plaga de insectos y reptiles venenosos, á cuyas penalidades y trabajos no habían podido acostumbrarse los europeos hasta la llegada del citado jefe, recibió los primeros avisos del desembarco de Mina, y urgentes excitaciones del referido brigadier Arredondo para que se pusiera en marcha contra aquel osado aventurero.

Como por todas partes por donde transitaba este activo jefe en desempeño de su comisión salían gentes armadas para concurrir al exterminio del invasor, incorporó á sus filas en el paso de la Tuna dos destacamentos de caballería mandados por D. Facundo Melgares y por D. Eusebio Moreno, y se reforzó con otro de los dragones de Sierra Gorda á las órdenes de D. Cristóbal Villaseñor, luego que se hubo internado en el valle del Maiz. Estas tres partidas reunidas componían una fuerza de 300 hombres, aunque no toda ella se hallaba en buen estado de servicio.

Otra división, llamada de realistas de Río Verde, compuesta de 800 caballos al mando de D. José María Terrazas, debía obrar bajo la dirección inmediata del citado Armiñán, si bien éste confiaba poco en un cuerpo formado de vaqueros sin disciplina, sin arreglo y sin la firmeza que sólo cabe en hombres acostumbrados á la guerra. Deseando, sin embargo, aquel celoso jefe sacar el partido posible de estas tropas auxiliares, las puso á

las órdenes del comandante D. Francisco de las Piedras para que se dirigiesen sobre el enemigo, en tanto que la infantería emprendía la marcha para dividir con ellas sus laureles.

Fué sumamente feliz el primer encuentro que tuvo en 14 de Julio en el sitio llamado el Rincón, en donde fué arrollado un destacamento de caballería enemiga. Al amanecer del día siguiente se presentó Las Piedras con toda aquella fuerza sobre la hacienda de Pectillos, de la que se había posesionado el proscrito Mina con unos 600 hombres de todas armas. Como era preciso dar tiempo á que llegase la infantería se dedicó á entretener al enemigo con escaramuzas hasta las nueve de la mañana, en que se reunió aquella, compuesta en el principio de su marcha de 300 hombres del regimiento 1.º Americano, mandado accidentalmente por el teniente coronel D. Juan Rafols, de 140 de Extremadura y 40 del provincial de México, formando un total de 480 hombres, si bien en dicho día de la acción se notó una baja de una cuarta parte por lo menos.

Reunidas ya todas las tropas de que podía disponer el comandante general Armiñán, se dió la señal de ataque; y desplegando los realistas un decidido valor y entusiasmo, desalojaron á los rebeldes de las dos primeras posiciones, en las que habían tratado de hacer una obstinada defensa, especialmente en la segunda, cuyo triunfo se debió exclusivamente al arrojo é impavidez de los dragones de Nueva Vizcaya, Sierra Gorda y sección de Tulancingo.

Desconcertado Mina con este inesperado contraste, vió la necesidad de hacer los últimos esfuerzos que dicta la misma desesperación: puesto á la cabeza de su caballería, y comunicando á sus soldados el mismo ardor de que él estaba poseído, se lanzó denodadamente á la refriega para salvar la infantería de su inevitable ruina.

Aquella impetuosa carga, sin embargo, fué rechazada con el mayor empeño; y cuando los jefes españoles creían

haber llegado al punto de cantar la victoria, que parecía más asegurada con el destrozo que estaba haciendo sobre los rebeldes el valiente capitán D. Eusebio Moreno, con una parte de la caballería, se desordenaron los realistas de Río Verde por el imponente aparato del enemigo, y atropellando en su fuga á las demás tropas, hicieron perder en un momento todo el mérito de las ventajas conseguidas hasta entonces.

Si la infantería no hubiera tenido tanta serenidad y firmeza, habría sido segura su total destrucción; pero á pesar de aquel fatal incidente, sostuvo el campo con honor, y desconfiando el proscrito Mina del resultado de ulteriores combates, se retiró precipitadamente, quemando una porción considerable de efectos, que llevaba de regalo para los cabecillas insurgentes, á fin de valerse de las mulas empleadas en su conducción para cargar en ellas sus heridos, de los que todavía quedaron algunos de gravedad, que no pudieron resistir la violencia de aquella marcha.

Con esta pérdida y con la de 95 hombres que se hallaron tendidos en el campo de batalla, ganó Mina aquel falso triunfo que dió lugar á su engreimiento. Los realistas tuvieron asimismo el sentimiento de ver puestos fuera de combate 116 hombres, entre muertos, heridos y contusos; pero quedaron dueños del campo con fundadas pretensiones de pertenecer á ellos el honor de la victoria.

A consecuencia de esta refriega se atrevió Mina á internarse en el Bajío con la mira de reunirse á los cabecillas insurgentes P. Torres, Muñiz, Borja y otros que aun se conservaban con las armas en la mano, guarecidos en los escabrosos montes de Guanajuato y de Jalpa.

La suerte continuaba en contemplar con aire risueño al osado aventurero para que fuera más sensible su desplome y destrucción. Apenas supieron las referidas gavillas los falsos triunfos conseguidos por los invasores en Peotillos, salieron de sus madrigueras á prestar un fingi-

do homenaje, acompañado de descompasados elogios, hacia el héroe europeo que había sabido resistir á los orgullosos realistas. Los facciosos mexicanos llegaron á creer que el famoso Mina había de ser el azote de sus mismos paisanos y la mejor aldaba de la independencia.

Con tan felices auspicios empezó aquel genio emprendedor á engrosar su ejército y á presentarse de un modo respetable á las tropas del Rey.

El celoso Apodaca, lejos de despreciar á este nuevo enemigo, aunque simple y despechado aventurero, se ocupó en dirigir contra él fuerzas imponentes, desplegando un grado de vigor y energía que hizo honor á su previsión é inteligencia. Conocía aquel experimentado general la facilidad de destruir una revolución en sus principios, y la dificultad de parar su curso cuando ya el fuego ha llegado á propagarse demasiado. Aunque el enemigo que iba á combatir no había podido juntar más que 2.000 hombres á sus inmediatas órdenes, si bien obedecían á su voz las numerosas gavillas del Bajío y demás puntos inmediatos, el virrey, sin embargo, destacó contra él en varias direcciones hasta 10.000 soldados de sus mejores tropas, llevado de aquella sabia máxima de que no hay precaución que baste para cortar oportunamente un mal, que mirado con descuido en su origen puede precipitar la ruina del Estado.

Iba en el entretanto caminando el soberbio enemigo hacia el pueblo de San Luis de la Paz, situado en medio del dilatado llano de su nombre; pero como lo hubieran fortificado, aunque con débiles parapetos y simples cortaduras, los realistas mandados por el capitán D. Juan Nepomuceno Guajardo, fué preciso emprender vigorosos ataques para triunfar de tan bizarros defensores.

Ocho días sostuvieron éstos las empeñadas cargas de los rebeldes, hasta que la flojedad ó infidencia de un oficial del destacamento, á quien estaba confiado uno de los puntos de la defensa, les facilitó la entrada en la pobla-

ción y la rendición de aquel puñado de valientes. El desgraciado Guajardo, que debiera haber sido respetado por su misma decisión y valentía, fué sacrificado, sin embargo, á la irritación que causó en el cura Torres una resistencia tan obstinada.

Ejecutando puntualmente las columnas realistas las premurosas órdenes comunicadas por el virrey Apodaca, llegaron á amenazar á los rebeldes, quienes se retiraron á los cerros de Comanja y San Gregorio como puntos de su mayor seguridad. Como todavía pasaron algunos días hasta que los realistas hubieran reunido la fuerza necesaria para dar á dichos rebeldes un ataque general y decisivo, los emplearon éstos en fortificar aquellas posiciones formidables por naturaleza, abriendo profundos fosos y construyendo espesas murallas y sólidos baluartes, que coronaron de buena artillería.

Aunque la llegada y progresos de la facción de Mina habían causado una alarma general en todo el reino, y aunque sus primeras operaciones habían sido felices, especialmente en la ciudad de La Paz, en el Real de Pinos y en la sorpresa de una división que se retiraba de la villa de San Felipe, en la que perecieron los coroneles Ordóñez y Castañón, se mantuvieron, sin embargo, los mejicanos en la expectativa, excepto el valle de Santiago y la provincia de Guanajuato, que volvieron á inundarse de partidas capitaneadas por el referido cura Torres, que se titulaba teniente general y jefe de todas ellas.

El mariscal de campo y subinspector de infantería don Pascual Liñán, que acababa de llegar de la Península con el regimiento de infantería de Zaragoza, fué encargado por el Sr. Apodaca del mando de las tropas destinadas al exterminio del citado Mina. Aunque Liñán hizo algunas observaciones, nacidas de la ninguna práctica que tenía del terreno y del poco conocimiento de las tropas que habían sido confiadas á su mando, no fueron, sin embargo, atendidas, é insistió el jefe principal en probar los talentos de aquel general con una arriesgada campaña,

cuyos triunfos habían de elevar al más alto grado su distinguido mérito.

Conociendo Liñán que la suerte de aquel virreinato iba á decidirse en el citado fuerte de Comanja, llamado por otro nombre del *Sombrero*, y en el de San Gregorio; no ocultándosele por otra parte que su ejército y todo el reino tenía fija su vista en sus operaciones militares, procuró llevar á cabo aquella empresa con todo el vigor y entusiasmo de que es capaz un esforzado jefe que sabe apreciar en toda su extensión el pundonor militar.

Habiendo entrado dicho general Liñán en Querétaro el día 8 de Julio á tiempo que los habitantes de aquella ciudad estaban liando sus equipajes para huir del victorioso Mina, cuyo nombre tenía aterrado al partido realista, los tranquilizó al momento con su sola presencia; y se dedicó á organizar la tropa para entrar en campaña. Su detención hasta el 20 fué sumamente útil para asegurar el buen éxito de sus armas; aquí recibió al primer batallón del mismo regimiento que él había traído de España, 2 cañones de á ocho, sucesivamente 2 de á doce, y otros auxilios que le envió el virrey.

Emprendiendo de nuevo su marcha el día 20, llegó á Guanajuato el 24, y el 28 recibió la noticia de haber sido atacada vigorosamente la villa de León por el arrojado Mina con la mayor parte de sus gavillas. Aunque destacó al momento algunas tropas en socorro de dicho pueblo, llegaron después que la facción había sido batida con pérdida de muchos muertos, heridos y prisioneros, por el teniente coronel D. Francisco Falla, comandante de aquel punto, y por el coronel D. Antonio Andrade, que accidentalmente se hallaba en él con la mayor parte de la división del brigadier Negrete, y que selló su bizarría con las gloriosas heridas recibidas en la refriega.

Desde el día 29 en que el general llegó á León, se formó el plan de operaciones contra el fuerte de Comanja; y habiéndose aproximado á reconocerlo, se persuadió de que su rendición había de ser la obra de un estrecho si-

tio, ó de heroicos esfuerzos y costosos sacrificios. Deseoso de ahorrar la preciosa sangre de sus valientes tropas, se decidió por el primer partido, y con esta mira las situó el día 31 de Julio sobre aquel extenso cerro, que tenía cuatro leguas de circunferencia.

Se dividían dichas tropas en cuatro secciones, á cuál de ellas más brillante y animosa; eran los jefes que las mandaban el brigadier D. Domingo Estanislao Loaces, el de igual clase D. Pedro Celestino Negrete, el coronel D. José Ruiz y el teniente coronel D. Juan Rafols: su número no llegaba á 2.000 infantes y 1.500 caballos; su artillería consistía en 12 cañones y cuatro obuses. La sección de Rafols estaba encargada de hacer correrías sobre León, Silao y Guanajuato, para proteger los convoyes, y observar al rebelde P. Torres y demás gavillas, mientras que las fuerzas principales estuvieran empleadas exclusivamente en el sitio.

Fué estrechado éste con el mayor rigor, haciendo el infatigable Liñán continuos reconocimientos, y tomando las más acertadas disposiciones para hostigar á los rebeldes, privándoles de toda clase de recursos, y hasta del agua, que por no ser suficiente el único aljibe que tenían dentro del fuerte, se veían precisados á sacarla, con grande exposición, de un arroyo que corría á poca distancia de las fortificaciones.

Era ya el octavo día del sitio, sin que hubieran llegado los auxilios del P. Torres y demás cabecillas del Bajío, que les habían sido prometidos, y sin que hubieran tenido en todo aquel tiempo más ventaja que la de haber tomado un cañón de la posición del brigadier Negrete, de la que fueron, sin embargo, rechazados con el recobro de aquella pieza, á pesar de la felicidad de sus primeros ataques lanzados contra dicha columna.

Viéndose en tal desamparo, y teniendo ya por inevitable su ruina, trataron de abandonar el fuerte por el punto que ocupaba el citado brigadier Negrete; pero fueron completamente rechazados. Repitióse esta tentativa al

dia siguiente por los cabecillas Mina, Borja y Encarnación Ortiz, sin más acompañamiento que el de dos asistentes: el poco número de los fugados, el recio viento y la obscuridad de la noche fueron circunstancias favorables para que, puestos fuera del alcance de los centinelas, pudieran verificar su evasión por una barranca inmediata.

A los pocos días de haberse reunido estos caudillos con las gavillas situadas en las inmediaciones del citado fuerte, trataron de hacer los últimos esfuerzos para introducir los víveres, de que empezaban á carecer los sitiados; pero fueron completamente arrollados por una sola compañía de Zaragoza. Un movimiento rápido que hizo al mismo tiempo el teniente coronel Rafols sobre las cercanías de Silao, dispó las que se habían reunido en aquel punto, é igual malogro tuvieron cuantos planes concibieron en lo sucesivo con aquel objeto.

Ya no quedaba, pues, á los sitiados más recurso que el de una pronta fuga: creció esta necesidad cuando vieron desechadas las proposiciones que dirigieron el día 13 para capitular, por el conducto de un cirujano inglés y de un vecino de Pátzcuaro que tenían prisionero. La circunstancia de garantir el general Liñán tan sólo la vida de los españoles si entregaban la plaza en el término de media hora, y de ningún modo la de los extranjeros, que debería quedar á la disposición del virrey, puso el cúmulo á su despecho.

Ansioso dicho general por apoderarse de toda la facción, especialmente de aquellos oficiales extranjeros de mayor celebridad que habían venido con el aventurero español, cuyos hombres, poseídos de un desesperado furor, habían de dar á la guerra un carácter de firmeza y tenacidad, mientras que conservasen las armas en la mano, determinó dar un ataque á la plaza en el día 15. El resultado de esta jornada no fué feliz; pero quedaron muy escarmentados los rebeldes, aunque persistían siempre en vender caras sus vidas y en disputar á palmos el terreno.

Repugnando al benéfico Liñán derramar más sangre en hacer nuevas tentativas, que indudablemente le hubieran hecho dueño del referido fuerte, se decidió á esperar que su misma obstinación les abriese su sepulcro. Convencidos los rebeldes de la imposibilidad de sostener más tiempo aquella posición, resolvieron evacuarla á todo trance en la noche del 19 al 20. Salen con ímpetu arrollando el primer puesto que quiso obstruirles el paso; los realistas hacen las señales prevenidas para anunciar su fuga; acuden prontamente de todas partes para impedirla; se apoderan de algunos de los prófugos; rechazan á la mayor parte contra la plaza, y tan sólo franquean la línea unos 50, que cayeron en gran parte en poder de los realistas destinados á su persecución.

Una densa niebla que amaneció con el día, impedía ver lo que sucedía en el fuerte; pero conociendo el bizarro Liñán la necesidad de aprovecharse de los primeros momentos de estupor y alarma, se dirigió hacia la puerta principal, y poniéndose á la cabeza de las tropas avanzadas por aquel punto, cayó sobre ella á pesar de la resistencia que quisieron hacer los rebeldes cuando vieron aquel arrojado movimiento; mas como fué tan rápido el asalto, y tan bien ejecutado por los cazadores de Zaragoza y Navarra, cedió todo á sus heroicos esfuerzos. Todavía trataron los rebeldes de hacerse fuertes en la segunda posición del mismo cerro, que presentaba obstáculos mayores á causa de una difícil angostura, única entrada para aquel recinto; pero la prontitud con que se arrojaron sobre aquel paso los soldados del Rey les aseguró un triunfo completo.

Todo cayó en poder del victorioso Liñán: 20 cañones de varios calibres, 400 fusiles, 250 lanzas, 600 sillas de montar y un gran surtido de municiones y pertrechos de guerra; 71 extranjeros muertos, además de otros 31 que habían perecido en el ataque de la villa de León y en la intentada fuga de la noche del 19 al 20; 615 facciosos del país con cuatro cabecillas entre muertos en acción y fu-

silados, fueron los trofeos de este empeñado sitio, ganados con la muy sensible pérdida de 272 soldados y 40 oficiales realistas puestos fuera de combate, entre ellos el comandante D. Gabriel Rivas, que murió en el campo de batalla, del que salió asimismo contuso el coronel del regimiento de Zaragoza D. Domingo Loaces. El teniente coronel mayor D. Manuel Sactor había muerto después de la acción en que fueron heridos los anteriormente descritos, por impulso de una bala de cañón que le dió mientras que estaba almorzando en la barraca con su ayudante, que también fué herido por la misma.

Terminada felizmente esta primera empresa se dirigieron las tropas realistas cubiertas de gloria á poner sitio al fuerte de San Gregorio, posición mucho más importante que la de Comanja. Aunque los rebeldes habían reunido en este punto sus mejores tropas con intención de emplear todos los esfuerzos que sugieren el despechado compromiso y la ciega desesperación, y aunque los infinitos recursos de que podían disponer para desafiar el poder de sus contrarios debieran haber inspirado al aventurero Mina la suficiente confianza para encerrarse en dicho fuerte, huyó, sin embargo, de aquel peligro, prefiriendo hacer correrías en campo libre para fomentar su partido con choques parciales.

Con esta mira se dirigió en 10 de Septiembre hacia San Miguel el Grande con 1.200 hombres, que había podido reunir de las dispersas guerrillas; y á pecar de haberse apoderado en el primer momento de sorpresa de una casa fuerte y elevada que dominaba uno de los reductos de aquella villa, fué rechazado gloriosamente por el comandante D. Ignacio del Corral y por la brillante guarnición que tenía á sus órdenes, distinguiéndose sobre todos el intrépido capitán D. Antonio Alfaro.

Malgrado este primer golpe, proyectó otra expedición contra la hacienda de la Zanja, defendida por el comandante D. Antonio Alvarado. Reunidos sobre 600 hombres á las órdenes de los cabecillas Lucas Flores, Encar-

nación Ortiz y Trinidad Magaña, se presentó el referido Mina á intimar la rendición al bizarro Alvarado, suponiendo que no sería tan temerario que quisiera sostener con un puñado de valientes un choque que tenía todas las apariencias de serle muy funesto; pero la respuesta de aquel digno jefe merece ser esculpida en caracteres de bronce. "Tengo pocas armas y poca tropa; pero me sobran los cartuchos y los deseos de emplearlos para quemar el corazón de los traidores: á la disposición de éstos jamás dejan los leales sino sus cadáveres yertos; mi tropa morirá, pero no se rinde."

Viendo Mina que sólo la fuerza podría hacerle triunfar de aquellos valientes soldados, tomó sus disposiciones para el ataque: roto el fuego en la tarde del 16, era difícil decidir si tenía más mérito la firmeza de los sitiados que el arrojo de los sitiadores; se suspendió el combate con la oscuridad de la noche; los trabajos de los rebeldes durante ésta para cegar los fosos tenían alarmada aquella benemérita guarnición, cuando á las dos de la siguiente mañana se aproximó la división volante al mando del capitán D. Manuel Díaz de La Madrid que el teniente coronel D. Antonio Larragoiti enviaba desde Salvatierra.

Encendida de nuevo la pelea, abandonaron el campo los rebeldes, y los auxiliares entraron á abrazarse con los defensores en medio de públicas aclamaciones. Reconocido el campo de batalla se hallaron 20 muertos, y entre ellos el cabecilla Magaña, que había sucumbido en la tarde anterior en una de las mismas correderas del puente del fortín. Otros 12 muertos se dejaron en el valle de Santiago, cuyo número, agregado el de sus heridos y dispersos, dió una pérdida efectiva de 100 hombres, sin que en las filas realistas se hubieran contado más que dos heridos.

No bien escarmentados todavía los rebeldes se atrevieron á esperar á los realistas, mandados por el bizarro coronel D. Francisco de Orrantia en la hacienda de la Caja, situada en el referido valle de Santiago. El obstinado

Mina tenía reunidos en 10 de Octubre 1.500 facciosos capitaneados por los cabecillas Lucas Flores, los Ortices, Pedro Moreno, Pío el del rincón de León, Huerta el de Coeneo, y otros jefes de partidas de la provincia de Valladolid.

Aunque Orrantia llevaba tan sólo 600 caballos y 236 infantes, no dudó un momento de la victoria. Al aproximarse á dicha posición halló formada aquella chusma en seis trozos y algunos grupos apoyados á las casas y cercas de la referida hacienda. Formado el plan de ataque marchó Orrantia en columna por la derecha para flanquear el costado izquierdo de los rebeldes; apenas vieron éstos aquel movimiento se destacaron 600 de ellos contra la izquierda y retaguardia de los realistas, estrellándose contra el teniente coronel Bustamante, que mandaba aquella fuerza; acude prontamente en su auxilio la reserva á las órdenes del capitán Moreno; salen nuevos refuerzos de la hacienda y en pocos minutos se generaliza la acción.

No pudiendo los insurgentes sostener las vigorosas cargas de los realistas, se ponen en precipitada fuga, y son perseguidos con igual ardor por el espacio de dos leguas: 150 muertos, muchos heridos, 157 caballos, porción de fusiles, lanzas y machetes fueron los timbres de aquella ilustre jornada ganados con la sola pérdida de 10 realistas muertos, 6 heridos y 2 contusos.

Esta derrota acabó de hacer perder al indómito Mina el poco prestigio que aun le quedaba con los partidarios de la independenciam y con algunos ilusos; ya desde este momento renunció á sus atrevidas empresas, y sólo se ocupó en salvarse con la fuga de las manos de los realistas.

El coronel Orrantia, que había sido escogido por el celoso general Liñán para esta delicada é importante comisi6n, no descansó un momento hasta verla terminada á satisfacci6n de sus jefes. Ya desde el 21 de Octubre iba siguiendo las huellas al famoso aventurero, y estrechándole tan de cerca que daba por seguro su triunfo.

Habiendo sabido que aquél había pasado el río grande por Santiaguillo, emprendió Orrantia la marcha para Salamanca, y se dirigió en seguida por Pueblo Nuevo á la hacienda de Cuchicuato, siguiendo la misma dirección de los rebeldes, que ya habían llegado á reunirse en número de 700 caballos y 60 infantes.

Salió al día siguiente para Guanajuato, haciendo una marcha forzada de trece horas, á fin de salvar dicha ciudad, que creía hallarse en gran peligro, según lo indicaban los cañonazos y el mucho humo que vió salir del tiro general de Valenciana.

No fueron equivocados los cálculos del astuto Orrantia, porque sabiendo los rebeldes la rápida marcha que hacía contra ellos, abandonaron aquel punto á las pocas horas de haber principiado el ataque, retirándose para la sierra ó mina de la Luz, después de haber ofrecido al coronel D. Antonio Linares, comandante de la citada ciudad de Guanajuato, la favorable ocasión de cubrirse de gloria, batiendo con su escasa pero esforzada guarnición á los forajidos, y poniéndoles cerca de cien hombres fuera de combate. En la noche siguiente se dispersó en trozos aquella facción, y se dió por muy probable que su formidable caudillo habría tomado el rumbo de la hacienda de la Tlachiquera con 200 hombres.

Como Orrantia llevaba por objeto principal la persecución y exterminio del citado bandido, se dirigió al momento hacia aquel punto, y llegó á Silao á las cinco de la tarde. A las dos horas de su llegada tuvo noticias de que iba á pasar aquella noche en el rancho del Venadito, distante nueve leguas del mencionado pueblo; poseído su corazón del más puro gozo al considerar ya en sus manos la presa que formaba todo el objeto de sus ansias, salió á las diez de la misma con 500 caballos escogidos, entre ellos 200 que por disposición del general le habían sido enviados para reemplazar los más cansados, y fiando la felicidad de la empresa á la rapidez de su marcha.

A las siete de la mañana siguiente se hallaba sobre el

Indicado rancho de Venadito sin haber sido sentido por las avanzadas enemigas, cuya vigilancia supo burlar caminando por veredas extraviadas. Cuando se presentó la descubierta, compuesta de 120 hombres al mando del teniente coronel D. José María Novoa, fué tal la sorpresa y terror de los rebeldes, que sin tener lugar para tomar sus caballos ni aliento para ponerse en defensa, huyeron todos á ocultar su vergüenza entre los trigos y en el bosque inmediato.

Entran en su seguimiento los realistas, destruyen cuanto se les presenta al frente, dejan tendida en el campo la mitad de la gavilla, incluso el cabecilla Pedro Moreno y tres extranjeros, y logran, finalmente, apoderarse de la persona de Mina y de 25 de sus compañeros, entre ellos un francés que le servía de asistente. Tres cajas de guerra, un clarín, 29 fusiles, 38 lanzas, varios sables y pistolas, 207 caballos, 160 sillas de montar y algunas municiones concurren á ilustrar el triunfo de los esforzados Orrantia y Novoa.

Se hallaba en el entretanto el general Liñán agotando todos los recursos de su ingenio para destruir prontamente el último baluarte de la insurrección, que lo era el fuerte de San Gregorio. En sus primeros reconocimientos hechos en 1.º de Septiembre había penetrado por la cumbre de la cruz del Sauce al cerro del Bellaco, que dominaba á tiro de pistola la fortificación más alta de los rebeldes, llamada Tepeyac, y se había apoderado de una casa-fuerte á la que los rebeldes habían puesto el nombre de la Garita, que defendía la entrada de la cañada por el llano de San Gregorio.

Habiendo trepado al día siguiente á la citada cumbre 200 hombres, rompieron inmediatamente el fuego contra una de las cortinas del citado baluarte de Tepellac; pero sus progresos fueron muy lentos, aun después de haber colocado en batería dos cañones de á 8, hasta la llegada de otros dos de á 12 y uno de á 4, que fueron subidos á la citada loma del Bellaco, con gran sorpresa de

los sitiados, que tenían por impracticable aquella maniobra.

Los cañones de á 12 rompieron el fuego el día 13, con tan buen resultado, que á las dos horas habían derribado ya dos ángulos del Tepeyac, y en el ataque á aquel punto, que se llevó á efecto el 17, llegaron á apagar todos los fuegos contrarios, sin que se llenase el objeto de franquear las tropas aquellas elevadas murallas.

Si nos detuviéramos á hacer una relación circunstanciada de los infinitos lances y accidentes de este terrible sitio, prolongado cuatro meses por la obstinación y despecho de los sitiados, incurriríamos en una notable incoherencia con el plan que nos hemos propuesto para trazar la historia general; nos ceñiremos, por lo tanto, á dar cuenta de sus resultados, y por ellos se podrá graduar el distinguido mérito del jefe que lo dirigió y de las bizarras tropas que secundaron con el mayor acierto su heroico empeño.

El fuerte de San Gregorio era denominado enfáticamente por los facciosos *baluarte de la independencia mexicana*. El escabroso monte sobre el que estaba situado tenía más de diez leguas de circunferencia; sus avenidas consistían en profundas barrancas, murallas de roca viva cortadas á pico, espesos bosques, impenetrables caminos, zanjas, parapetos, malézas y toda clase de obstáculos y tropiezos; la naturaleza se presentaba en esta posición bajo las formas más horribles; las variaciones atmosféricas eran rápidas y extremadas; sus estaciones sumamente molestas, en particular la que sufrieron los sitiadores, que fué la de las aguas; parecía finalmente que todos los elementos se habían conjurado contra los bravos realistas.

En aquella formidable posición se habían practicado fortificaciones de mampostería con todas las reglas del arte; abundaban los cañones de grueso calibre, las armas de chispa y corte, las provisiones de guerra y boca y hasta el agua de manantial, las maestranzas, las fraguas y toda clase de pertrechos y utensilios guerreros. La guar-

nición se componía de hombres desalmados, que no tenían más recurso que la victoria ó la muerte. Un enjambre de partidas circundaba á las tropas sitiadoras, y hacía continuas correrías y temerarias tentativas para introducir en la citada plaza cuantos auxilios pudiera necesitar.

Aunque Liñán había llegado á reunir una brillante división, era todavía muy escasa para cubrir una línea tan extensa: era preciso, pues, vivir en perpetua alarma y replegar todas las noches por el espacio de un mes, hasta que fué preso Mina, una parte de las tropas empleadas en el sitio por temor de que fueran arrolladas en razón de su debilidad, usando el ardid de dejar grandes fogatas para deslumbrar á los sitiados; pocos eran los momentos destinados al descanso de aquellos sufridos guerreros.

Los repetidos combates provocados por las guerrillas de afuera y de adentro; las obras necesarias para estrechar el sitio, como fosos, minas, caminos cubiertos, baterías y reductos; los frecuentes ataques dados á la plaza para hostigar á sus defensores; la construcción de barracas; la penosa conducción de la artillería y de las provisiones de guerra y boca; las operaciones de fragua, que se extendieron hasta poner oídos á los dos cañones de á 12 que se habían desfogonado; y, finalmente, los extraordinarios servicios exigidos por el infatigable celo de Liñán, ejercitaban de continuo la constancia y la bizarria del soldado, en cuyos firmes pechos se estrellaban todas las tentativas de los rebeldes.

La última que éstos proyectaron con el carácter de ofensiva fué el brusco ataque dado en la noche del 28 de Diciembre á la posición del *Tigre*. Trescientos hombres, capitaneados por el caudillo Cruz Arroyo, se arrojaron, al arma blanca, con el mayor ímpetu sobre aquellos parapetos, dentro de los cuales pudieron penetrar en el primer momento de alarma y sorpresa y apoderarse de un cañón de á 4; pero esta primera ventaja sirvió tan sólo para hacer más amarga su derrota; era su intención forzar el sitio por aquella parte, para introducir un convoy de 20

cargas de víveres y medicinas que habían aproximado con aquel objeto; pero cayó en su vez en manos de los realistas victoriosos.

Aunque los despechados insurgentes dieron cuatro cargas vigorosas, fueron constantemente rechazados, y hubieron de retirarse á la plaza, dejando 30 muertos en el campo de batalla, llevándose un número mayor de heridos, y abandonando, embarrancando y clavando el cañón que acababan de tomar de los españoles.

Ya los sitiados habían perdido toda esperanza de socorro y se había introducido entre ellos un desaliento general, producido por sus continuos reveses y por la tenacidad de los sitiadores.

El subterráneo estruendo de los barrenos en la mina, que tenían ya muy adelantada hacia la plaza; su aproximación á medio tiro de pistola de ella sobre un camino cubierto; una batería situada á tiro de fusil, que alcanzaba á todas sus habitaciones, las que por tal razón hubieron de ser abandonadas, sin que quedase más abrigo á aquellos miserables que los peñascos y las cuevas, y, finalmente, la desesperación, que había llegado á su último grado, les hizo acometer á toda costa la empresa de abandonar aquella funesta madriguera, prefiriendo morir con las armas en la mano á implorar el perdón de los jefes españoles.

Entre nueve y diez de la noche del 1.º de Enero (1) emprendieron la salida 1.000 hombres, de que todavía se componía su guarnición, con una porción considerable de mujeres y niños, dejando algunos de sus compañeros en los puestos principales, para que, pasando la palabra de unos á otros, pudiera conservarse más tiempo oculto su designio.

Informado el general de la fuga de los rebeldes por

(1) Aunque este suceso pertenece al año de 1818, nos ha parecido oportuno insertarlo en este capítulo, por no dejar pendiente para otro el último desenlace de la ruidosa expedición del aventurero Mina, que forma una parte tan importante de la historia mexicana.

uno que se le pasó poco antes de verificarla, cuyos avisos se confirmaron por el incendio de la palizada de la primera brecha, por la que se metieron las bizarras tropas de Ruiz y Rafols, que estaban más inmediatas, destacó 300 hombres de refuerzo al punto ocupado por Soto; envió otros 200 á apoderarse del Tepeyac, que fueron las primeras tropas que pisaron aquel fuerte; dió órdenes rápidas á la caballería para que hiciera los movimientos oportunos, y en menos de cinco minutos recibió aquel vasto campo el concertado impulso del poder y de la fuerza.

Uno de los ardidés de guerra que dieron mayor lustre al benemérito Liñán fué la feliz invención de señales telegráficas, expresadas por las cornetas, por cuyo medio se transmitían en un momento sus órdenes de una á otra extremidad de aquella extensa línea. Estos armoniosos sonidos, cuyos marciales ecos resonaban por todas aquellas cumbres; la multiplicidad de hogueras que fueron encendidas en el acto en todos los puestos ocupados por los realistas, según órdenes que á este fin habían sido comunicadas previamente por el general; los estrepitosos vivas que salían del mismo fuerte, cuyas chozas y empalizadas habían sido incendiadas por las primeras compañías que tuvieron la gloria de franquear los parapetos; los vivos fuegos que hacían las tropas empeñadas con los prófugos, y la alegría y entusiasmo que se notaba en todos los campamentos, al ver terminada felizmente aquella campaña, presentaban escenas animadas, que no es dado describir con la debida brillantez. La dirección de los prófugos fué hacia la barranca de Panzacola, con ánimo de forzar el punto que cubría por aquella parte el corto destacamento del regimiento de la Corona, mandado por el teniente coronel D. Ramón Soto.

Cuando notaron los errantes facciosos el movimiento que hacía el refuerzo de Liñán sobre Panzacola, atravesaron la barranca del mismo nombre, que tenían á su izquierda, á fin de evitar el choque con aquellos valientes;

pero no fué menos desgraciada su tentativa sobre los puestos avanzados y campamento de las tropas del brigadier Negrete, por las que fueron bizarramente rechazados.

Sería la media noche cuando los diversos fuegos anunciaron que los enemigos habían formado dos columnas, con las que volvieron á atacar las mismas posiciones y á recibir iguales descalabros. Al ver la serenidad y firmeza de los realistas decayeron de ánimo y ya no pensaron más que en salvar sus miserables vidas entregándose á una precipitada fuga. Habían quedado apagados todos sus fuegos cuando el refuerzo de que se ha hecho mención, compuesto de tropas del regimiento de Zaragoza y Corona, que ya á este tiempo había podido penetrar por la referida barranca de Panzacola, los atacó repentinamente por la espalda.

Este fué el último golpe de terror y espanto: arrojar las armas, sucumbir la mayor parte á las bayonetas realistas, y desbarrancarse los demás, fué la obra de pocos instantes.

Las sienes del caudillo español quedaron ceñidas de inmarcesibles laureles: la toma de un fuerte, que era reputado por el más formidable de cuantos se habían construido desde el principio de la revolución; la muerte de 500 facciosos, entre ellos los cabecillas Juan Hidalgo, Cruz Arroyo, y algunos extranjeros que habían acompañado al insensato Mina; más de 400 prisioneros, sin contar un crecido número de mujeres y niños, distinguiéndose sobre todos ellos el segundo de Mina, Diego Novoa, Muñiz, Becerra, Jiménez del Río, Florencio Dueñas y otros de menor nombradía; 15 cañones, 180 fusiles y carabinas, un inmenso surtido de pertrechos y provisiones de guerra y boca, entre las cuales 540 arrobas de plomo, 180 ídem de azufre, 500 tercios de trigo, 1.200 fanegas de maiz y otros muchos efectos profanos y de iglesia, y hasta un cuño de moneda y un gran número de diplomas masónicos, hallados entre los equipajes, fueron los tro-

feos principales de esta memorable jornada, que hará época en los anales de México.

Empero estos triunfos, aunque sumamente gloriosos, fueron comprados con dolorosos sacrificios: 2 jefes realistas, 15 oficiales y 166 soldados fueron contados entre los muertos; otro jefe, 38 oficiales y 297 soldados sellaron con sus heridas su bizarría y decisión; 269 individuos de todas armas y graduaciones conservaron por algún tiempo las gloriosas contusiones recibidas en este campo de honor. Jefes, oficiales y soldados se superaron á sí mismos en sufrimiento, en constancia, en valentía y en fidelidad. Pocos ejemplares nos ofrece la historia de tantos padecimientos y de tanto heroísmo; el nuevo general español dejó bien acreditada en esta primera campaña su inteligencia y arrojo; el digno virrey agregó nuevos títulos á su fama.

Deseoso el Soberano español de premiar tan importantes servicios, concedió al primero la Gran Cruz de Isabel la Católica, y al segundo un título de Castilla con el nombre del punto en que fué aprehendido el aventurero Mina. Los jefes y oficiales que tuvieron más ocasión de distinguirse participaron asimismo de las gracias del Monarca; y fué tal el entusiasmo general por tan brillantes victorias, que hasta el individuo menos condecorado que hubiera tenido parte en ellas era considerado con respeto y admiración.

Así terminaron los descabellados planes del aventurero español, quien expió con todos los auxilios cristianos su horrible delito el día 11 de Noviembre en el Crestón del Bellaco, cuartel general de los realistas, sin haber querido hacer clase alguna de revelación. El espíritu revolucionario, que desde Europa había sido trasladado á las playas del Nuevo Mundo, recibió en esta ocasión uno de sus más terribles golpes.

Mina estaba apoyado por todos los republicanos de nuestro continente; eran íntimas sus relaciones con personas de la más alta jerarquía. México debía ser la fragua

de Vulcano, de donde habían de partir los rayos con que los bulliciosos regeneradores pensaban abrasar los troncos de Europa. A su loca fantasía se representaba de fácil ejecución cuanto adulaba sus pérfidas miras; el nombre de Mina inspiraba una ciega confianza; corrieron de todas partes á alistarse en sus banderas oficiales de sobresaliente mérito, sujetos condecorados con cruces de nobleza y signos de honor y valentía; el espíritu masónico unió de un modo sólido esta cruzada, compuesta de tantas y tan diversas naciones.

Todo, pues, hacía ver los poderosos recursos con que contaban aquellos revolucionarios; mas éstos y sus más decididos conatos se estrellaron contra la fidelidad y bizarría de los españoles. La codicia de algunos especuladores, que había concurrido á llenar de sangre y luto uno de los más hermosos países del mundo, recibió una terrible lección de sus injustos procederés: 14.000 uniformes, 6.000 fusiles, 6.000 carabinas, 30 cañones, un gran surtido de armas de corte, municiones y demás pertrechos de guerra, siete buques, los lujosos vestidos, las pagas y adelantos hechos á aquellos 600 aventureros, otros muchos efectos y caudales, que hicieron subir los gastos de aquella expedición á más de dos millones de duros; todo se perdió para los necios proyectistas.

Los amantes de la legitimidad, los hombres de juicio, de probidad y de justificación, todos los que no habían participado de las aberraciones del siglo, vieron con el mayor placer el malogro de una empresa proyectada por la ambición y por el proselitismo republicano, principia-da por la temeridad y llevada á cabo por la torpe logrería. ¡Ojalá sirva este escarmiento para que los especuladores no empleen neciamente sus fondos en atizar las guerras civiles y en ultrajar la humanidad, llenando el mundo de sangre, desolación y ruina!

Como nuestro ánimo había sido seguir al pérfido Mina hasta su exterminio, no hemos hallado un lugar oportuno hasta el presente para describir los sucesos ocurridos en

los primeros pueblos que pisó aquel atrevido caudillo al desembarcar en el territorio mexicano.

A los pocos días de haber quedado sola en el fuerte de Soto la Marina la guarnición, que debía servir de punto de apoyo en caso de una retirada, se apoderó de todos sus individuos el mayor desaliento y desconfianza: 60 anglo-americanos, al mando del titulado coronel Perri y mayor Gonton, habían abandonado aquella posición y se retiraban por tierra hacia su país por el camino de Nacogdoches; pero alcanzados en 18 de Junio en el sitio llamado los dos Corrales por el coronel D. Antonio Martínez, se retiraron á un bosque nombrado el Perdido, en donde fueron cercados, sin que la intimación que el jefe realista les dirigió para rendir las armas les retrajese de su temerario intento de morir con ellas en la mano.

El teniente D. Francisco la Hoz, que había quedado al frente del enemigo con 70 caballos y 30 infantes, por haber salido Martínez en aquella misma noche con el resto de las tropas contra otra partida, que al mando del desleal español Vicente Travieso se dirigía sobre el presidio de la Bahía, fué atacado á la mañana siguiente con el mayor impetu por los forajidos, que trataban de abrirse paso á todo trance.

Toda la entereza y decisión de este bizarro jefe y de sus valientes tropas, aunque compuestas en gran parte de paisanaje, habría sucumbido tal vez á la fiera de los golpes que sacudían aquellos despechados revolucionarios, si en lo más vivo de la pelea no le hubieran llegado 40 hombres de refuerzo.

Habían sido éstos destacados de la columna del referido Martínez desde el momento en que supo la variación de ruta de Travieso; el vigor que comunicó á los realistas la llegada tan oportuna de sus compañeros les hizo triunfar completamente de sus contrarios: 26 de éstos quedaron tendidos en el campo de batalla, entre los que se contaron el coronel y mayor, y 14 fueron hechos prisioneros, cuya suerte cupo al indigno español Manuel Castilla, que

sucesivamente sufrió el castigo debido á su horrendo crimen.

El citado Travieso se separó de su partida, y en compañía de cuatro ó seis de sus más adictos se dirigió hacia la provincia de Tejas, superando los tropiezos que le ofreció en su tránsito el comandante de armas del Refugio D. Enrique Villarreal, en cuyo poder dejó, sin embargo, más de 700 bestias que llevaba robadas para los Estados Unidos; los demás, en número de 28, fueron alcanzados en el rancho de la Barra por el comandante D. Luciano García, y hechos prisioneros con todas sus armas, municiones y pertrechos.

En el día 14 del mismo mes de Junio había sido rendido por el brigadier Arredondo, comandante de las provincias internas de Oriente, el citado fuerte de Soto la Marina con 300 hombres de todas clases que lo guardaban, apoderándose de todas sus armas, municiones y pertrechos.

El apóstata P. Mier, que se halló en el número de los prisioneros, fué conducido á las cárceles de México, de cuyo reino fué expulsado, sin que hubiera calculado entonces el Gobierno que este genio inquieto no había de descansar hasta que hubiera vuelto á blandir de nuevo la tea de la discordia en aquel desgraciado país.

Después de haber recorrido las sangrientas páginas de la historia de Mina, tenderemos la vista por todos los ángulos de aquel extenso reino, para no pasar en silencio las principales glorias que al mismo tiempo adquirirían varios jefes realistas destruyendo las muchas guerrillas que vagaban por diversos rumbos.

Uno de los que más se distinguieron fué el teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán, quien con sólo 200 caballos, con los que fué enviado por el comandante general de Valladolid, coronel Aguirre, en persecución de la gavilla de Víctor Rosales, compuesta de 400 hombres, los alcanzó en el sitio de la *Campana*, distrito de Pátzcuaro, les causó la pérdida de la mitad de su fuerza

entre muertos y prisioneros, y les tomó 120 fusiles, 30 pares de pistolas, 150 caballos, 65 sables y machetes, algunos trabucos y bastantes municiones.

El teniente coronel D. Manuel Francisco Casanova, destinado por el comandante general de Querétaro, brigadier Rebollo, á construir algunas fortificaciones en las montañas de Jalpa, rechazó en el mes de Junio las gaviillas de Lucas Flores, el Giro, Barroso, Gervasio y toda la indiada de Chamacuero, Neutla, Santa Cruz, San Miguelito, San Juan de la Vega, Amoles e Ixtla, que se habían arrojado impetuosamente sobre sus parapetos medio levantados, llevando por objeto destruir aquel baluarte que podía ser el mayor obstáculo para sus correrías. Aunque los realistas no estaban preparados á recibir un ataque tan brusco, triunfaron, sin embargo, al favor de su imperturbable serenidad y acierto de sus fuegos; quedó escarmentado el enemigo y se retiró en desorden, dejando 34 muertos en el campo de batalla.

Hacia el mismo tiempo se apoderó el benemérito coronel D. José Santa Marina del fuerte de Palmillas, situado en la provincia de Puebla, que fué evacuado por los rebeldes no pudiendo ya resistir el peso de sus contrarios: las minas, caminos cubiertos, baterías de faginas y salchichones, reductos de sacos de tierra y otras obras proyectadas para derribar aquella fortificación, podrían formar por sí solas el elogio del jefe que con tanta inteligencia y celo las había dirigido. Siete piezas de artillería, 85 fusiles, porción considerable de municiones, algunos víveres y 75 prisioneros que pudieron hacerse en la fuga, entre ellos el cabecilla Couto, fueron el premio de tan grandes fatigas.

El capitán D. Juan Isidro de Marrón, dependiente de la división del coronel Armijo, sostuvo una brillante acción contra el cabecilla Vargas, que capitaneaba 300 hombres entre infantería y caballería, al que derrotó completamente en 28 de Junio en la ranchería llamada de *Cincuenta arrobas*, causándole la pérdida de 50 muertos,

29 prisioneros, varios fusiles, machetes, caballos, monturas y otros pertrechos.

Es digna asimismo de especial recuerdo la expedición del teniente coronel D. Pío María Ruiz, por la serranía de Huétamo, recorriendo pueblos por los que no habían penetrado todavía los realistas en todo el período de su revolución á causa de la aspereza y escabrosidad de las sendas, que son los únicos caminos para llegar á ellos, especialmente á San Juan, que lleva el nombre de dicha sierra. Después de haber caminado ciento treinta y tres leguas por aquel fragoso territorio en el espacio de veintiocho días que duró la referida expedición, logró destruir la facción de Benedicto López, matándole 15 hombres, haciéndole 30 prisioneros y apoderándose de una porción considerable de armas de fuego y corte, municiones y caballos.

En los primeros días del mes de Agosto dieron las tropas del general Cruz dos golpes importantes á los rebeldes, é introdujeron en ellos bastante desorden; se verificó el primero en el pueblo de La Piedad, atacado por 500 infantes y 1.300 caballos mandados por el padre Torres, Huerta, Lucas Flores, Calixto Aguirre y otra porción de cabecillas del Bajío; el comandante D. Anastasio Brizuela, que mandaba aquella plaza, se hizo acreedor á los mayores elogios por su bizarro comportamiento, á cuyas enérgicas disposiciones y á la firmeza de sus soldados se debió la vergonzosa retirada de aquellas hordas forajidas después de haber perdido 100 hombres en sus infructuosas aunque obstinadas tentativas para rendir la citada guarnición.

El otro golpe lo recibieron los rebeldes en el pueblo recientemente fortificado de Mazamilla, que fué asimismo atacado por 350 hombres capitaneados por José María Hermosillo: la gloriosa defensa, dirigida por el comandante D. Rafael Ceballos, le hizo partícipe de los premios destinados al sobresaliente mérito; el descalabro de 150 hombres que sufrió aquella facción la desconcertó

totalmente, al paso que elevó al más alto grado de entusiasmo el ánimo de los realistas.

El teniente coronel D. Mateo Quilti, el de igual clase D. Manuel Gómez y todas las tropas que estaban al mando de estos dos bizarros jefes se cubrieron de gloria en una acción que tuvieron en el mes de Octubre contra 2.000 rebeldes que se hallaban en el pueblo de Alahuistlan, distrito de Zacoalpan, matando 110 de ellos y apoderándose de muchas de sus armas y municiones.

Hacia este mismo tiempo fué tomado el fuerte de Cópore por asalto; el benemérito coronel Márquez y Donallo, bien conocido en aquel teatro guerrero por su bizarria y decisión, selló ésta de nuevo con los infinitos padecimientos, riesgos y sacrificios, por medio de los cuales se abrió las puertas de aquella fortificación. Los facciosos que se habían encerrado en ella abundaban en toda clase de recursos para hacer una obstinada defensa; gente esforzada, armas, municiones, víveres y sobre todo un desesperado valor, eran elementos terribles que debió superar la constancia realista.

Los ataques continuados, la construcción de baterías que hicieran callar los fuegos contrarios, el cegamiento de fosos por medio de faginas, y finalmente un vigoroso asalto; todo fué necesario para hacer titubear á los rebeldes. Al ver éstos empeñadas las tropas realistas en sus murallas, se arrojaron precipitadamente por un derrumbadero llamado las *Cuevas de Pastrana*. El fruto de esta victoria fué la aprehensión de 277 prisioneros dentro y fuera de la plaza, entre ellos varios cabecillas de bastante prestigio en el país, la toma de 8 cañones, 236 armas de fuego, abundancia de municiones y pertrechos de guerra.

Se señaló asimismo en Noviembre la bravura del sargento mayor D. Juan Flores, comandante de una división del ejército de Nueva Galicia: situado este benemérito jefe á las fronteras de la provincia de Guanajuato con encargo de arreglar las fortificaciones y la defensa de toda

la línea, salió con 50 caballos de realistas con el nombre de *Acordada de San Pedro* á los pueblos del Rincón de León, sitio principal de reunión de las gavillas de los Pachones, y sorprendió una avanzada, por la que supo que más de 400 caballos enemigos trataban de atacar al pueblo de San Pedro Piedra Gorda, punto de apoyo de la división del citado Flores.

Conociendo lo apurado de su situación, y que sólo con un atrevido golpe de mano podía paralizar aquel peligroso movimiento, arengó á sus soldados con todo el ardor que es propio de un entusiasmado militar, y arrojándose á la carrera sobre dicho pueblo del Rincón, envolvió completamente á sus contrarios, introdujo por todas partes el terror y la muerte, puso en completa dispersión aquellas hordas desalmadas que buscaron su salvación en la espesura de las huertas contiguas á dicho pueblo, hizo morder el polvo á 150 hombres, entre ellos al titulado coronel Magdalena Medina, se apoderó de la caballada, de muchas armas de chispa y corte, y dejó en el país un eterno recuerdo de su bizarría y de los heroicos esfuerzos de sus 50 soldados.

Se dieron asimismo en el mes de Diciembre varias acciones importantes que agregaron nuevos blasones á las tropas realistas: entre aquéllas merece un lugar de preferencia la destrucción del rebelde cabecilla Vergara, su indulto sucesivo y el de su gavilla en el campamento del Arenal, distrito de Jalapa, por el teniente coronel don José Rincón y por el capitán D. Diego Rubín de Celís, dependientes de la división del brigadier D. Diego García Conde; la derrota de los rebeldes de la sierra de Nayarit por el teniente coronel D. Joaquín Mondragón, comandante militar de Tepic, jurisdicción de Guadalajara; los descalabros causados á la gavilla de Encarnación Ortiz, compuesta de 200 infantes y 300 caballos en las cercanías de Ojuelos por el capitán D. José Gaspar de Ochoa, de la división del general Cruz, quien se hizo más notable por su arrojo que por su prudencia en haber

aceptado con un puñado de valientes un combate tan desigual, del que hubo de desistir con bastante quebranto á pesar de su extraordinaria valentia; y, finalmente, la prisión de los cabecillas Nicolás Bravo, Vázquez, P. Talavera y otros oficiales de aquella facción, que fué totalmente deshecha en el paraje llamado de Dolores, distrito de Teloloapan, con pérdida de todos sus cañones, fusiles, municiones, monturas y remonta, por el brigadier Armijo.

El citado Bravo, que con tanto tesón y constancia había perseverado en las filas de los insurgentes, era uno de aquellos hombres que merecian ser respetados, aunque del gremio de los amantes de la independenciam. Su carrera fué una serie no interrumpida de acciones generosas; sus principios habían sido más nobles que los de la mayor parte de los caudillos rebeldes; si la mano de la cultura se hubiera ejercitado en él, habría hallado un terreno reconocido.

Jamás participó Bravo del espíritu de sangre y exterminio que animaba á sus compañeros; se han notado, por el contrario, en su conducta rasgos de nobleza poco comunes: algunos años antes había sido hecho prisionero su padre, y fusilado en la capital; todos creían que sacrificaría á su odio y despecho una porción de oficiales realistas que tenía en su poder á tiempo que recibió aquella triste noticia; ¡pero cuál fué la admiración de los mismos presos cuando recibieron en su vez la libertad bajo la condición de que publicasen por todas partes el modo generoso con que aquel caudillo vengaba sus agravios!

Ni fué esta la sola vez que puso en claro sus virtudes en medio de su extravío político: fué infatigable en salvar del cruento sacrificio infinidad de víctimas españolas que habían sido destinadas á él por las desalmadas partidas. Estos repetidos actos de humanidad y grandeza de alma hicieron que los realistas le consideraran como un reo por equivocación de cálculo, y de ningún modo como alevoso insurgente; el generoso trato que recibió del Gobierno es-

pañol acabó de ganar su corazón, y participando sucesivamente del indulto real se conservó obediente á la autoridad superior, dedicado exclusivamente al cultivo de sus haciendas.

Parecía sinceramente arrepentido de sus pasados errores, cuando el revolucionario Itúrbide supo en 1820 hacer brecha en su corazón con sus seductores manejos, despertar en él la antigua llama de la libertad, y hacerle tomar nuevamente partido para sacudir la dependencia española.

Triunfó Itúrbide, y Bravo estuvo muy lejos de adquirir altanería con la victoria, en la que tuvo una parte muy activa. Triunfaron sucesivamente los republicanos centralistas, y Bravo ocupó uno de los puestos principales de aquel estado. Se suscitaron varias discordias civiles, y Bravo ha sido respetado por todos los partidos. Este generoso enemigo, en quien los principios de moderación y orden no sufrieron jamás la menor alteración, se estrelló contra los anarquistas y por ellos fué desterrado del país.

Este es acaso el único revolucionario, cuya historia merezca ser trazada con benignas tintas por una pluma española; permítasenos hacer esta digresión en obsequio de la imparcialidad, que es nuestra divisa, y en testimonio de gratitud por los servicios que prestó á los realistas durante el largo período de aquella funesta guerra civil.

Por la relación de tantos y tan importantes sucesos ocurridos en este año se vendrá en conocimiento del carácter activo que desplegó en él el genio revolucionario.

Aunque triunfaron completamente los principios de orden y de justicia, quedó sin embargo estremecido el reino, agitados los espíritus y no sin alguna aprensión el Gobierno desde que había visto la facilidad con que un aventurero había sabido formarse una peligrosa opinión en el país, y ponerse en actitud de desafiar su poder. Debió

por lo tanto redoblar sus afanes para disipar la inquietud producida por aquellas borrascosas oscilaciones; mas no pudo conseguirlo hasta fines del año siguiente, que fué cuando el reino de México empezó á gozar del fruto de la pacificación.